



Revista de Estudios Sociales

12 | Junio 2002
Temas Varios

Los términos del debate contemporáneo en torno a la nación

María Teresa Calderón



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/27333>
ISSN: 1900-5180

Editor

Universidad de los Andes

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 junio 2002
Paginación: 81-89
ISSN: 0123-885X

Referencia electrónica

María Teresa Calderón, « Los términos del debate contemporáneo en torno a la nación », *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 12 | Junio 2002, Publicado el 01 junio 2002, consultado el 09 mayo 2019.
URL : <http://journals.openedition.org/revestudsoc/27333>



Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

LOS TÉRMINOS DEL DEBATE CONTEMPORÁNEO EN TORNO A LA NACIÓN

María Teresa Calderón*

Resumen

A partir de una reseña crítica de las principales corrientes teóricas contemporáneas sobre la nación y los nacionalismos, este artículo busca aproximarse a la naturaleza y fundamento del fenómeno nacional, desentrañar sus interrelaciones con la etnicidad y la religión y desvelar sus componentes constitutivos para revisar a partir de ellos los argumentos de quienes proclaman el inminente fin de las identidades nacionales, del estado-nación y del orden mundial que se configuró a partir de él.

Abstract

Following a critical review of the main contemporary currents regarding nation and nationality, this article aims to reconsider the arguments of those who state that national identities are disappearing under the impulse of globalization, along with nations and of the world order structured around them. It furthermore attempts to approach the nature of the phenomenon and to consider its relations to ethnicity and religion.

A pesar de los augurios de los entusiastas de la globalización que aún pregonan el inminente fin de los estados – nacionales y de los nacionalismos, la década que acaba de concluir evidenció una extraordinaria eclosión de estos fenómenos. Ellos se desplegaron con gran fuerza, acompañados, sin embargo, con frecuencia por formas de violencia que oscilaron entre la exclusión, la xenofobia y expresiones aberrantes de genocidio y de limpieza étnica¹. En este contexto, asistimos a un resurgimiento muy importante del debate en torno a estas temáticas. En Colombia, la aceleración y degradación crecientes de la guerra a lo largo de estos mismos años nos ha permitido soslayar esta discusión. Haciendo alarde de un simplismo

* Instituto Francés de Estudios Andinos IFEA

Quiero agradecer a Luis Alberto Restrepo del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional sus comentarios que fueron de enorme utilidad para la elaboración de este artículo.

1 El Cáucaso, los Balcanes y la antigua Yugoslavia evidenciaron conflictos de gran envergadura. En El Ulster, Sri Lanka, India, Birmania, Oriente Medio y África se perpetuaron viejas rivalidades de carácter nacional y entre tibetanos, moros, bakongueses, zulúes, kurdos, moldavos, quebequeses y vascos, entre muchos otros, se preservaron asimismo conflictos de menor alcance. Ver Anthony D. Smith, *La Identidad nacional*, Madrid, Trama, 1997.

excesivo, asumimos en efecto que ella tiene poco que ver con nuestra realidad.

Esta reflexión está animada por la convicción contraria.

Asume que cualquiera que sea la solución al conflicto colombiano ella necesariamente implicará una redefinición de la nación y de la nacionalidad. Propone además la tesis que la posibilidad de garantizar formas incluyentes de inserción en la globalidad para los estados menos desarrollados como el nuestro, exige construir y preservar identidades nacionales fuertes.

El debate teórico sobre el tema es amplio. En la primera parte de este artículo pretendo esbozar algunas de sus líneas fundamentales a partir de dos interrogantes. El primero pone en evidencia un cisma, una auténtica ruptura historiográfica entre medievalistas y modernistas. Se expresa en la discusión en torno al carácter moderno o tradicional de la imaginación nacional. Remite, pues, a la naturaleza y fundamento del fenómeno. Esta veta ofrece elementos muy sugestivos para repensar la naturaleza de las interrelaciones entre etnia, religión y nación.

El segundo se refiere a la pregunta por la centralidad de la nación en la edad moderna. La tesis difusionista parece insuficiente para dar cuenta de la expansión del fenómeno, después de la Segunda Guerra Mundial, prácticamente al conjunto de pueblos de la tierra, en la medida en que no da cuenta de la capacidad de penetración de la idea nacional.

Aquí propongo la tesis de que ésta estaría asociada a su potencial para ayudar a la difícil construcción del orden en la modernidad. En efecto, la coexistencia de elementos étnicos y cívicos en todas las manifestaciones del fenómeno da cuenta de su aptitud para salvar los límites de la política racional y para asegurar la integración del proceso social.

En la segunda parte de este artículo, a partir de las proposiciones constitutivas de la nacionalidad que plantea de manera muy sugestiva David Miller², intento revisar algunos de los argumentos de quienes proclaman la erosión de las identidades nacionales y el inminente fin del estado-nación y del orden mundial que se configuró a partir de él.

Sin desconocer la trascendencia y la profundidad de los cambios que se están dando en muchos aspectos de la vida de los seres humanos en este nuevo milenio, considero que la nación y el nacionalismo conservan vigencia y que constituyen referentes claves para promover el desarrollo y para contribuir a la consolidación de la democracia en el mundo.

2 David Miller, *Sobre la Nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*, Barcelona, Paidós, 1997.

1. ¿La nación: artificio moderno o imaginación tradicional?

La etnia constituye el elemento distintivo más importante de todas las comunidades que anteceden a las naciones. En eso no parece haber mayor discusión entre quienes participan en esta reflexión³.

A pesar de sus diferencias en torno a la definición del fenómeno, parece haber asimismo coincidencia entre ellos en el sentido de que se trata de una comunidad de identidad, que comparte un mito de descendencia, unos recuerdos históricos, unos rasgos culturales diferenciadores y un idioma hablado⁴. La idea de que las identidades étnicas no tienen ningún componente primordial y que por el contrario constituyen realidades histórico-sociales, inventadas en mayor o menor medida, también concita hoy amplio respaldo⁵.

En cambio, la presunción de que las etnias constituyen el fundamento de las naciones suscita amplia controversia. Este constituye pues el primer eje de la discusión que me interesa contemplar.

Anthony Smith⁶ planteó la tesis de la continuidad entre identidad étnica e identidad nacional y de manera muy sugestiva señaló que la forma de la primera incide de manera decisiva sobre la segunda. Esto lo llevó a proponer una clasificación de las comunidades étnicas que busca dar cuenta de las distintas rutas y modalidades resultantes de nación. Las etnias laterales⁷ habrían transitado hacia formas

cívico territoriales de nación, de la mano de la construcción de los estados modernos en Occidente, contando con la complicidad de la Iglesia. Las etnias verticales⁸, por su parte, habrían desarrollado nacionalismos de carácter reactivo frente a las pretensiones expansionistas de las primeras. Por este camino, de la mano de la *intelligentsia*, habrían desembocado en la construcción de naciones étnicas.

Desde esta perspectiva, las primeras naciones aparecen como un resultado contingente, no previsto ni tampoco deseado, fruto del cruce fortuito de fuerzas históricas en el que concurren el desarrollo del capitalismo, la secularización y, desde luego, la construcción del estado moderno. Este último habría desempeñado una función clave de agenciamiento del proceso por la vía de la incorporación burocrática.

Estas antiguas naciones de Occidente anteceden al surgimiento del nacionalismo. Sin embargo, a partir del siglo XVIII, éste aparece como una fuerza de difusión enormemente poderosa. Juega un rol central en la emergencia de las naciones étnicas de Europa Central y del Este y aparece asimismo asociado a las oleadas sucesivas del fenómeno⁹. Pero al igual que las naciones, el nacionalismo está imbricado con el sustrato étnico de las naciones que proyecta. En esa medida, Smith reconoce modalidades cívicas y étnicas del fenómeno. Variantes que dan lugar a fenómenos distintos en función de los contextos políticos en los que se expresan: los nacionalismos cívicos se despliegan en movimientos anticolonialistas e integradores mientras que los etnonacionalismos alimentan movimientos secesionistas e irredentistas.

En síntesis: a distintos fundamentos, modalidades alternativas de un mismo fenómeno cuya modernidad, sin embargo, no se cuestiona. Más aún, la nación moderna necesita para su propia preservación cuidar y mantener los elementos de su herencia étnica premoderna. Esta doble orientación subsiste en el interior de toda nación. Ella aparece, en efecto, a la vez como una comunidad histórica, doblemente histórica en palabras del propio Smith, esto es construcción en la que la historia compartida, los recuerdos de un pasado común y de

3 Ver Anthony Smith, 1997, op. cit.; Dominique Schnapper, *La Communauté des citoyens. Sur l'idée moderne de nation*, Paris, Gallimard, 1994; David Miller, 1997, op. cit., entre otros.

4 La diversidad de definiciones asociadas al fenómeno dificulta enormemente su estudio. Es muy posible, como lo sugiere John Crowley que esta indefinición tenga una funcionalidad política en la medida en que permite encubrir los vínculos entre etnicidad y raza. Para una discusión sobre la problemática, ver John Crowley, "Etnicidad, nación y contrato social" en Gil Delannoi y Pierre-André Taguieff (eds.), *Teorías del Nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993. Para una revisión de las distintas definiciones del fenómeno, ver entre otros Anthony Smith, 1997, op. cit., pág. 17.; Eric Hobsbawm, *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, Madrid, Crítica, 1991, capt. 2, págs. 71-76.; Adrian Hastings, *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*, London, Cambridge, 1999, capt. 7.; Michel Wieviorka, *La Démocratie à l'épreuve. Nationalisme, populisme et ethnicité*, Paris, La Découverte, 1993; Dominique Schnapper, 1994, op. cit.

5 Ver John Crowley, 1993, op. cit.; Anthony Smith, 1997, op. cit.; Michel Wieviorka, 1993, op. cit., entre otros.

6 Anthony Smith, 1997, op. cit.

7 Ibid. "Este tipo de *ethnie* Se llama lateral porque se daban dos circunstancias al mismo tiempo: socialmente estaba confinada a los estratos sociales más altos, mientras que geográficamente se extendía llegando a formar en muchos casos estrechos vínculos con los escalones superiores de *ethnies* laterales vecinas. En consecuencia, sus confines eran típicamente recortados, carecía de calado social y su pronunciado sentido de etnicidad colectivo estaba ligado al *esprit de corps* de estrato social de alto estatus y clase gobernante" pág. 47.

8 Ibid. "En cambio, el tipo "vertical" de *ethnie* era más compacto y popular, pues la cultura étnica tendía a difundirse a otros estratos y clases sociales. Las diferencias culturales no apuntalaban las divisiones sociales, sino que una cultura histórica característica contribuía a unir a las distintas clases en torno a un patrimonio y unas tradiciones comunes... En todas estas comunidades existían grandes diferencias entre estratos e incluso conflictos entre clases sociales, pero la cultura étnica no era de propiedad exclusiva de ningún estrato —lo cual excluiría a las demás—, sino que en mayor o menor medida era propiedad de todos los miembros de la comunidad" pág. 48.

9 Ibid, pág. 92.

una cultura subjetivamente unificada juegan de manera decisiva, pero a la vez ella se presenta y con frecuencia se vive como natural, como un dato primordial. Por su parte, el nacionalismo se define como una ideología esencialmente secular, equivalente al mito sagrado del pueblo elegido¹⁰. Los modernistas extreman la argumentación. En su esfuerzo por dar cuenta de la emergencia de las naciones y por explicar su naturaleza y funcionamiento, han propuesto modelos muy sofisticados. Desde esta perspectiva, es posible reconocer tres tipos de aproximaciones al fenómeno. La primera privilegia la inscripción cultural, la segunda pone el énfasis en las formas de organización social y la tercera, en el estado y la política modernos. En lo que sigue intentaré esbozar brevemente cada una, a partir de alguno de sus exponentes más representativos.

En los términos de Benedict Anderson¹¹, la nación se define como una nueva forma de imaginación comunitaria. Fenómeno esencialmente cultural que solamente puede ser entendido en la perspectiva de los sistemas culturales que lo precedieron, a partir de los cuales y contra los cuales se configuró. Sobre el trasfondo de la erosión de la lengua sagrada y de la legitimidad divina y a partir de la emergencia de una nueva concepción secular del tiempo, convergen e interactúan el capitalismo y el hecho totalmente fortuito de la diversidad lingüística, haciendo posible la irrupción de estados nacionales en América, expresión primigenia del fenómeno. Para este autor, esta primera versión del modelo nacional, mezcla de elementos de los procesos revolucionarios americano y francés, fue posible gracias a la imprenta y al desarrollo del capitalismo que puso orden y le confirió sentido a lo que carecía de él. Su difusión posterior es cuestión de réplicas sucesivas del mismo modelo. De esta manera, éste se habría trasplantando a contextos diferentes, mezclándose una y otra vez con una amplia

variedad de formas políticas e ideológicas. En ese proceso se fue estandarizando. Se despoja en efecto de aquellos elementos que se empiezan a percibir como anomalías, vgr. la lengua compartida y el elemento de discriminación racial de sus expresiones americanas. Por el camino incorpora a las clases medias y a los miembros de la intelectualidad, a los colegios e instituciones académicas cuyo desarrollo se constituye en medida de la expansión del nacionalismo y a los sectores populares.

Ernest Gellner insiste en esta dimensión social del fenómeno. Para él, la nación describe una nueva forma de cohesión social, resultado de un cambio que acompañó el desarrollo de las sociedades industrializadas complejas en la modernidad. Un cambio, en sus palabras, que “hizo anónimas, internamente fluidas, bastante indiferenciadas y culturalmente homogéneas a las comunidades, únicas depositarias legítimas de la autoridad política”¹². Desde esta perspectiva, la fuerza modeladora del capital desata un cambio en la cultura. El capital se constituye en fundamento del proceso, la cultura en su medio. Las modificaciones en su contenido no son, sin embargo, lo determinante. La novedad estaría más bien en su función. En la modernidad, afirma Gellner, “la cultura, como elemento funcional al imperativo de fluidez y movilidad de las sociedades modernas que viven bajo la expectativa de crecimiento sostenido, se hizo consciente y se constituyó en soporte de la ciudadanía”¹³. De esta manera, Gellner reconoce en la correspondencia entre un estado y una cultura el poderoso y novedoso principio que insta la nación y define la modernidad.

La tercera mirada pone el énfasis en la política. Esta postula la idea de que la nación es una entidad social reciente, surgida en la confluencia entre un conjunto de desarrollos tecnológicos y de cambios sociales modernos y la aparición del estado-ciudadano de la Revolución Francesa. Pero además, desde la mirada de Eric Hobsbawm¹⁴, el nacionalismo antecede siempre y en todo lugar a la nación. La continuidad entre vínculos protonacionales y la nación moderna o el nacionalismo para este autor resulta poco clara y difícil de desentrañar. En consecuencia, es preciso

10 Ibid. “La importancia de las doctrinas y los símbolos nacionalistas específicos alude a un significado más profundo del nacionalismo... En un mundo de naciones cada nación es única, cada una es elegida. El nacionalismo es el equivalente secular y moderno del mito sagrado premoderno de pueblo elegido; es una doctrina de exclusividad policéntrica que predica la universalidad de los valores insustituibles de la cultura. Si antaño cada comunidad étnica era un mundo en sí misma, el centro del universo, la luz entre las tinieblas, ahora los valores almacenados del patrimonio y la cultura de esa misma comunidad –seleccionados, reinterpretados y reconstituidos– constituyen una identidad nacional única e incommensurable entre muchas otras identidades culturales igualmente únicas. Esta circunstancia implica que todas y cada una de las culturas, incluso las menos desarrolladas y elaboradas, tienen algún valor que es insustituible y que puede aportar algo a la reserva general de los valores culturales humanos” pág. 76.

11 Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso, 1984.

12 Ernest Gellner, “El nacionalismo y las dos formas de la cohesión en las sociedades complejas” en Gil Delannoi y Pierre-André Taguieff (eds.), 1993, op. cit.

13 Ibid.

14 Eric Hobsbawm, 1991, op. cit. “En pocas palabras, a efectos de análisis, el nacionalismo antecede a las naciones. Las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés” pág. 18. Tesis que por lo demás comparte Gellner.

desconfiar de ella. Ni la lengua hablada, ni la religión compartida, ni siquiera la pertenencia a una entidad política duradera describen este tránsito, aunque posiblemente lo faciliten allí donde configuraron lealtades supralocales. En particular, la etnicidad no mantiene ninguna relación con lo que constituye lo esencial de la nación: la formación del estado-nacional moderno. Hobsbawm sostiene, en efecto, que la confrontación empírica socava esta hipótesis. Los nacionalismos pluriétnicos y las etnicidades escindidas en distintas nacionalidades están ahí para dar cuenta de ello. Pero además afirma que la historia resulta igualmente elocuente. Las diferencias étnicas rara vez han dado paso a movimientos nacionalistas, aunque a menudo éstos las inventan sobre la marcha, muchas veces bajo la forma de racismo.

De manera aún más radical, para Hobsbawm, la etnicidad adolece de ciertas características que comprometen su fuerza como elemento cohesivo de una identidad nacional: ella tiende, en efecto, a ser negativa y obra con mayor frecuencia como divisoria horizontal.

En definitiva, la nación remite necesariamente al estado moderno. Ella surge y se difunde como nueva fuente de legitimidad. Pero además, en la era de la democratización, éste necesita de la lealtad de los ciudadanos. Demanda, en consecuencia, altos niveles de aceptación y de identificación. Esto explica para Hobsbawm la incorporación de una dimensión étnica en todo nacionalismo. Por esa vía la historia, la raza y la lengua se asocian a la ciudadanía compartida de su expresión democrática originaria. Pero contrariamente a lo que afirma Gellner, en estricto sentido, no habría nada parecido a un impulso homogenizador en la idea nacional, al menos en su expresión primigenia.

Adrian Hastings, teólogo y medievalista, disiente radicalmente de estas aproximaciones¹⁵. En contraposición a Hobsbawm afirma que ellas son equívocas y que adolecen de un profundo conocimiento de la historia medieval. Este autor reconoce, por el contrario, una conexión intrínseca entre etnicidad, nación y nacionalismo imposible de soslayar porque solamente ella ofrece un punto de partida iluminador para su comprensión. Para él, las naciones surgen indefectiblemente de etnicidades. El desarrollo de una literatura vernácula propia constituye el elemento clave de esta transformación.

Lo que en Smith era apenas una intuición, -la asociación entre nacionalismo y el mito del pueblo elegido- se constituye aquí en el centro de la explicación en torno a la emergencia

del fenómeno. Por esa vía, el estado pierde su centralidad y en su lugar se instala la religión. Ella habría garantizado el impulso decisivo en la difusión del imaginario nacional.

La Biblia provee para el mundo cristiano el modelo original de la nación y la visión del mundo como una comunidad de naciones. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento ofrecen, en efecto, la imagen del pueblo elegido de Israel, como un pueblo fuertemente monolítico que comparte un territorio, una lengua, una religión y un gobierno. Para Hastings, sin estas imágenes, su interpretación y realización cristianas, las naciones simplemente no habrían llegado a existir.

Interpelando a Benedict Anderson, afirma que la lengua vernácula escrita, sin lugar a dudas fue un elemento central en este proceso, pero sostiene que constituye una burda sobresimplificación asociar su emergencia a la erosión del latín como lengua sagrada. Para este teólogo, el cristianismo no conoce una lengua sagrada. En esto estriba precisamente una de sus diferencias frente al Islam. La expansión del cristianismo se habría apoyado en efecto en la traducción de los textos sagrados. De esta manera, animada por un profundo celo evangelizador, la Iglesia habría desempeñado una función clave en la difusión del imaginario bíblico y en el surgimiento de lenguas vernáculas escritas.

Las etnicidades se habrían constituido naturalmente en naciones, en el punto en que estas lenguas habrían pasado de un uso oral a uno escrito, de manera que fueron empleadas en la producción de una literatura con impacto popular. Este proceso encuentra su punto de partida en la traducción de la Biblia. El desarrollo del capitalismo impreso sobre el que Anderson insistió, para Hastings simplemente no parece haber incidido de manera alguna en el surgimiento de las naciones. Desde su perspectiva, nación y nacionalismo aparecen como fenómenos que no tienen nada intrínsecamente moderno. Esto desde luego no implica desconocer que ellos desempeñan una función clave en la configuración del mundo moderno. Supone, en cambio, que la comprensión de su naturaleza pasa por la necesidad de disociarlos de manera radical, de cualquier vínculo necesario con ella. Ahora bien, la tesis de Hastings en el sentido de que el imaginario nacional es en su origen religioso, a pesar de que pone en entredicho las tesis de los modernistas en torno a su emergencia, parece apuntalar en lo demás muchas de sus afirmaciones y en particular aquella que hace de la nación la forma histórica de la modernidad política¹⁶. De esta manera,

15 Adrian Hastings, 1999, op. cit.

16 Vale la pena señalar que Hastings intenta relativizar esta tesis al afirmar que los imperios multinacionales, en particular el Británico, posiblemente prefiguren el surgimiento de formas estatales supranacionales propias de la era global.

es muy posible que modernistas y tradicionalistas tengan ambos razón. En efecto, el reconocimiento de que la nación tiene una carga étnica y religiosa parece explicar su capacidad para apuntalar la construcción del orden en la modernidad y por ese camino da cuenta de su centralidad.

El asunto del orden reviste características singulares en la edad moderna. En el origen de esta problemática se adivina la compleja relación entre política y secularización que constituye un referente fundamental para la comprensión de la política moderna. En efecto, erosionado el fundamento divino que sostenía el orden y proveía certidumbre, la sociedad moderna parece inexorablemente librada a su propia suerte. Esto define la irrupción de la política moderna, encargada de fundar y preservar el vínculo social¹⁷.

Emancipación para algunos, desamparo para otros, lo cierto es que la sociedad moderna se proclama a sí misma autónoma al afirmar la soberanía del pueblo y lo hace a partir de una ruptura radical con toda fundamentación trascendente, distinta y anterior a ella.

Norbert Lechner, citando a Marcel Gauchet, ha reparado de manera muy lúcida en la paradoja que envuelve este proceso: "el orden recibido, aquél que reclama un fundamento extramundano, distinto y anterior a la sociedad y a la voluntad de los individuos, es en definitiva el único que nos permite un consentimiento sin reservas"¹⁸. De allí su precariedad. Desprovisto de cualquier contenido sustantivo y sometido a la extraordinaria heterogeneidad de lo social, el orden moderno resulta inasible. La libertad que lo hace posible paradójicamente lo trastorna. De esta manera, constituido en interrogante ante la evidencia de su desnaturalización, el orden parece plantearse como problema en la modernidad bajo la dolorosa sospecha de su propia imposibilidad. De allí el sugestivo título de la obra de este autor: *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*.¹⁹

Desde esta perspectiva, etnicidad y religión dotan a la nación de una dimensión afectiva y le confieren una suerte de sanción religiosa que contribuye a fundar de manera estable y duradera la legitimidad del poder y a preservar la cohesión del vínculo social. De esta manera, resulta que es precisamente la coexistencia de elementos étnicos y cívicos que se manifiesta

en todas sus expresiones la que da cuenta de su capacidad de difusión, su fuerza y su persistencia.

La experiencia histórica es muy fecunda en expresiones de los etnonacionalismos exacerbados, acompañados con mucha frecuencia por formas de exclusión, manifestaciones de xenofobia e incluso por modalidades de limpieza étnica aterradoras. La sacralización de la identidad nacional por su parte, ha desembocado asimismo, de manera recurrente, en formas de nacionalismo doctrinarias enormemente peligrosas. Sin embargo, las críticas a estas modalidades de acción política no pueden sustraerse al reconocimiento de aquello que las pone en marcha y que remiten a una demanda de certidumbre, hoy exacerbada por las dinámicas que acompañan la globalidad²⁰.

Lechner ha advertido sobre los riesgos que puede entrañar la pretensión posmoderna de sobreesecularizar la política. La preocupación resulta extensible a la nación. En el empeño por despojar a la nación cívica de cualquier rastro de etnicidad o de religiosidad, podríamos comprometer su capacidad para apuntalar el orden social y político.

En este sentido, resulta necesario desentrañar la lógica interna de la idea nacional para acercarse a la comprensión de la fuerza del fenómeno en el mundo moderno. Es preciso desvelar sus componentes internos y poner en evidencia la manera cómo éstos se entretajan y se refuerzan en la experiencia. Desde esta perspectiva, la propuesta analítica de David Miller resulta muy iluminadora, entre otras cosas porque ofrece categorías enormemente operativas para la reflexión sobre esta problemática.

Miller²¹ reconoce tres proposiciones constitutivas en el fenómeno. La primera está asociada a su dimensión identitaria. La segunda se refiere a su expresión ética. Y la tercera, a su manifestación política. La nación se perfila para este autor a la vez como comunidad de identidad, como comunidad de reciprocidad y como comunidad política. La primera proposición afirma que una nación no es solamente un conjunto de elementos objetivos, sino fundamentalmente una creencia compartida, una forma de autopercepción compartida por sus miembros. Ella necesita una cultura pública. Remite en ese sentido a la existencia de un conjunto de normas, de principios, de creencias, de ideales, de hábitos y de prácticas que obran como marcas diferenciadoras respecto de "los otros".

17 Dominique Schnapper, 1994, op. cit.

18 Norbert Lechner, *Los Patios interiores de la democracia, subjetividad y política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, págs. 126 y sgtes.

19 Norbert Lechner *La Conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Centro de investigaciones Sociológicas / Siglo XXI, 1986.

20 Para una extraordinaria reflexión sobre esta temática, ver Zaki Laidi, *Un Mundo sin sentido*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, Introducción y caps. 1-4.

21 David Miller, 1997, op. cit.

Este autor recuerda la metáfora de Wittgenstein de una cuerda cuya resistencia no radica en el hecho de que una fibra la atravesase en toda su longitud sino en la superposición de muchas fibras, para afirmar que no es preciso que ésta sea monolítica ni omniabarcante. Hay en ella espacio para la divergencia, la pluralidad, la contradicción y el disenso. Esta dimensión intersubjetiva de la nacionalidad plantea dificultades porque está asociada a una mitologización. En efecto, aún los elementos más objetivos de la nacionalidad – la lengua y la historia – son en estricto sentido invenciones. Los demás elementos de la etnicidad, no sobra insistir sobre ello, también participan de este proceso.

Ahora bien, como lo señala de manera muy acertada Miller, esta invención no es fortuita. Supone, por el contrario, una resignificación de fenómenos que tienen un asidero histórico. El mito cumple además una función clave al conferirle majestad a la nación y reforzar por esa vía su eticidad. Por otra parte, no se puede perder de vista, como lo señaló Benedict Anderson, que éste responde igualmente a una demanda de sentido, a un afán de trascendencia en un mundo secularizado.

La mitologización no supone únicamente reinventar, implica asimismo olvidar. La construcción de una memoria nacional precisa, en efecto, el olvido sobre el que reparaba Ernest Renan en su conferencia de 1882²². Solamente así es capaz de crear la ilusión de continuidad, que le confiere su fuerza y su eficacia. El mestizaje étnico que se encuentra en el origen de la mayoría de las nacionalidades, participa, sin duda de este olvido, seguramente como resultado de un esfuerzo por borrar las huellas de cualquier mancha de hibridez que pudiera comprometer la ilusión de pureza y autenticidad, allí donde éstas se viven como fundamento de la fuerza y del sentido de la etnicidad.

La problemática del olvido reviste enorme interés, particularmente en un país desgarrado por la guerra como Colombia. La insistencia de Renan²³ sobre el tema es en sí misma significativa. Parece en efecto proponer que este olvido es, o mejor, que debería ser, un olvido consciente, un olvido que pasa, en consecuencia, por el recuerdo como condición para sellar la unidad anhelada.

En cualquier caso, por esta operación de reinención y olvido, la lucha y la sangre de los antepasados se constituyen en obligaciones del presente. Aún las generaciones futuras quedan

signadas por estos compromisos. De esta manera, la ficción de una historia compartida obra como cohesionador, como cimentante y como garantía de la pervivencia de la comunidad.

Así se expresa la segunda proposición: la nación entraña obligaciones, vagas e indeterminadas es cierto, pero al fin y al cabo compromisos mutuos entre sus miembros. Deberes signados por el peso de un pasado compartido y por la promesa de un destino trascendente.

Por último, la tercera proposición está asociada a la idea de que el nexo entre pasado y futuro en las naciones no es simplemente temporal. La nacionalidad es, en efecto, una forma de identidad activa. La nación no es solamente pueblo unido por la costumbre, la historia, la lengua o la aspiración de un porvenir compartido, sino también y de manera fundamental, se trata de un agente común. Su decisión le da forma a su aspiración a autogobernarse²⁴

2. Las naciones en la era global

Muchos son los argumentos que se esgrimen para afirmar el inminente fin de la era de las naciones y los estados nacionales. Refiriéndolos a estas tres proposiciones constitutivas de la nacionalidad, se podrían expresar de la siguiente manera:

- La estandarización de los patrones culturales y el surgimiento de nuevas identidades que desbordan los marcos estrechos de la nación concurren para debilitar y ulteriormente para desdibujar las identidades nacionales.
- La configuración de una auténtica sociedad global inaugura un espacio para nuevas formas de eticidad. Los nuevos movimientos sociales son una de sus expresiones, pero de manera mucho más contundente, las amenazas ambientales y poblacionales exigen una ética universalista que suplante definitivamente sus expresiones particularistas.
- Por último, el estado nacional dejó de ser el *locus* de toma de decisiones políticas, desplazado por instancias locales o supranacionales. Sus fronteras son cada vez más permeables, su control sobre la población y los recursos es cada vez más endeble. Ha perdido su monopolio de la exacción y con frecuencia también su monopolio de los

22 John Hutchinson y Anthony Smith, *Nationalism*, Oxford, Oxford University Press, 1994, págs. 17-18.

23 Ernest Renan, “¿Qué es una Nación?” en John Hutchinson y Anthony Smith, 1994, op. cit.

24 Miller reconoce en esta tercera proposición lo específicamente moderno en la idea de nación. Hastings ofrece, sin embargo, elementos que refutan esta idea. En cualquier caso es necesario reconocer que esta dimensión política de la nacionalidad se exagera en la modernidad, cuando la legitimidad del poder se funda en el pueblo entendido en sentido moderno como conjunto de ciudadanos.

medios de coerción. Además, se muestra incapaz de articular la vida social y de garantizar la seguridad y el sentido de identidad colectiva de sus asociados. En síntesis, el estado nacional está agónico.

La defensa de la globalización se suele montar sobre estos argumentos para celebrar un presente y sobre todo un porvenir más promisorio para la humanidad. El discurso globalizador sostiene que estamos asistiendo al alumbramiento de un nuevo hombre, ciudadano del mundo, portador de una identidad planetaria, que en esta etapa inaugural todos contamos con iguales oportunidades, que con ella se vislumbran formas de solidaridad planetaria desconocidas y que los nacionalismos, que tantas veces sucumbieron a la irracionalidad y la violencia, han dejado de ser una amenaza para los seres humanos.

Todos estos argumentos son sugestivos, pero adolecen de ciertos problemas. Por una parte, desconocen la lógica dialéctica que describe la globalización. Son, en efecto, unilineales y excluyentes²⁵. Pero además están montados sobre una generalización que dificulta la comprensión del fenómeno global y en particular el reconocimiento de su impacto diferencial sobre los estados y las naciones.

A continuación, pretendo revisar cada uno de ellos a la luz de la investigación más reciente así como de la experiencia empírica. Busco proponer una defensa discriminada del nacionalismo y del estado-nación sobre la base de que éstos conservan funciones claves para el desarrollo y para la consolidación de la democracia en el mundo y, en particular, en los países menos desarrollados donde los procesos de marginalización que acompañan la globalización han sido más profundos y disruptivos²⁶.

La erosión de las identidades nacionales se asocia a dos procesos distintos, pero profundamente interrelacionados: la supuesta homogenización de las culturas y el surgimiento de nuevas identidades que estarían socavando las nacionales desde adentro o, alternativamente, desde arriba. Resulta necesario contemplar, en consecuencia, cada uno de estos y su impacto sobre la nacionalidad.

A priori es necesario señalar que la identidad nacional tiene poco que ver con la cultura privada de los asociados sobre la que se apoya el primero de estos reconocimientos. Los cambios en los patrones de consumo y de ocio que acompañan la extensión de los mercados -el consumo de jeans, de Mc´Donalds o de telenovelas- no tienen en efecto por qué incidir necesariamente en la comprensión que tienen los individuos acerca de los principios, las instituciones y la naturaleza de la comunidad política, ni tampoco sobre sus normas sociales²⁷. Pero además, en estricto sentido, estos procesos están asociados a dinámicas muy complejas de resignificación de las expresiones locales de la cultura²⁸ que no se pueden reducir a una uniformización de los patrones culturales. En ese sentido, aunque es posible que esto se esté dando entre ciertos segmentos de las sociedades²⁹, constituye un fenómeno residual.

Por el contrario, la reafirmación e incluso la exacerbación de los particularismos no admite dudas. Sin embargo, su impacto sobre las identidades nacionales no tiene por qué ser necesariamente disruptivo. La revitalización de las identidades locales y de las identidades étnicas en el interior de los estados-nación constituye, sin duda, un desafío para éstos, pero supone también una oportunidad para fortalecer las identidades nacionales en lo que ellas tienen de más deseable: su carácter abierto e inclusivo. Otro tanto puede afirmarse de los procesos migratorios y, en términos generales, de la creciente interrelación entre culturas que acompaña la globalización. En efecto, aunque es innegable que el multiculturalismo y la pluriétnicidad se han expresado en muchos lugares en términos de discriminación, xenofobia y violencia no es menos cierto que éstos también han conducido a la tolerancia y al respeto y que las identidades nacionales han demostrado una extraordinaria capacidad de incorporación en muchos lugares de la tierra. La experiencia norteamericana no es desdeñable en ese sentido³⁰.

En cuanto al surgimiento de formas de identidad supranacional, éstas se suelen plantear en términos de una competencia por las lealtades como si su emergencia implicara un juego de suma negativa. Este no parece ser el caso. Allí donde las nuevas identidades se han podido

25 Ulrich Beck ha insistido en las limitaciones epistemológicas del pensamiento binario para pensar la globalización y ha propuesto una lógica incluyente del tipo "esto" y "aquello". Ver Ulrich Beck, *¿Qué es la Globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona, Paidós, 1998.

26 Ver Jean Philippe Peemans, "Globalización y desarrollo: Algunas perspectivas, reflexiones y preguntas" en varios autores, *El Nuevo orden global. Dimensiones y perspectivas*, Bogotá, Universidad Nacional – Universidad Católica de Lovaina, 1996; Jean Paul Fitoussi, "La globalización y las desigualdades" en *Sistema*, No 150, mayo 1999, págs. 3 – 15; Andrew Hurrell y Ngaire Woods "Globalization and Inequality" en *Millennium*, Vol. 24, No 3, 1995; Jorge Castañeda, "El círculo mexicano de la miseria" en *Política Exterior*, Vol. X, No 54, Madrid, noviembre/ diciembre 1996.

27 Para la distinción entre cultura privada y cultura pública, ver David Miller, 1997, op. cit.

28 Ulrich Beck, 1998, op. cit. Beck habla de procesos de "deslocalización", "relocalización" y "translocalización" de las culturas locales.

29 Renato Ortiz, *Los Artífices de la cultura mundializada*, Bogotá, Fundación Social, 1998.

30 Elise Marienstras, *Nous le Peuple, les origines du nationalisme américain*, Paris, Gallimard, 1988.

verificar³¹, ellas parecen poner en evidencia una mayor fragmentación de las identidades pero no necesariamente el debilitamiento de las nacionales.

El proceso de integración europeo resulta muy ilustrativo a este respecto. Mediciones del eurobarómetro sugieren, en efecto, que las identidades nacionales europeas se mantienen profundamente arraigadas y que la identidad europea se yuxtapone a ellas. Estos procesos parecen sugerir, en consecuencia, la existencia de identidades anidadas³².

Por lo tanto, no parece posible aceptar la tesis del desdibujamiento de las identidades nacionales como resultado obligado de la globalización, sin más. Parece, en cambio, necesario preguntarse por su impacto diferencial sobre las identidades en cada tiempo y lugar³³.

Los argumentos referentes al supuesto surgimiento de nuevas formas de solidaridad social planetarias y sus bondades, simplemente, no admiten comprobación empírica. Los desalentadores resultados de las cumbres mundiales del medioambiente constituyen una expresión particularmente dramática de ello. La presunción de que la solidaridad entre los seres humanos y la responsabilidad hacia las generaciones futuras fluiría de manera natural en un mundo en riesgo de extinción, definitivamente, no ha sido cierta. En el contexto de los procesos de pauperización y de exclusión que describen la otra cara de la globalización no parece, pues, posible desestimar a priori la dimensión ética de la nacionalidad.

Por último, la tesis del debilitamiento de los estados-nacionales se suele asociar a la idea de que en la fase transnacional del capitalismo contemporáneo, la nación ha dejado de ser el contexto para la reproducción y la acumulación de capital. Como resultado de ello, se afirma que el estado se ha visto desplazado en el desempeño de funciones claves que antes lo definían: ha perdido control sobre sus fronteras, ya no detenta el monopolio sobre los medios de exacción y coerción, no articula la vida social ni regula tampoco la acción política.

Así planteado, este argumento adolece de varios problemas. Michael Mann³⁴ ha insistido en que las redes globales no

tienen un carácter puro. El capital financiero, y en mayor medida el capital industrial, continúan teniendo nacionalidad. Su expansión se apoya además en la existencia de redes nacionales e internacionales. El mercado global presupone, pues, la existencia de mercados nacionales e internacionales. Desde la perspectiva del estado, el argumento es asimismo parcial e impreciso y supone además una generalización inadmisibles. Es parcial en el sentido de que desconoce la función de los estados nacionales y el impacto de las desigualdades de poder entre éstos, en el proceso económico global. Contrariamente a la retórica globalizante, hoy reconocemos que estas desigualdades inciden, que las instituciones y las formas de cooperación interestatal que acompañan la globalización no son neutrales y que la idea kantiana de una difusión paralela de los valores liberales encubre el desarrollo de formas asociativas poco benévolas³⁵. La sola mención de los países africanos basta para apoyar la afirmación de que la globalización tiene un impacto diferencial sobre los estados.

Es impreciso porque asocia a su debilitamiento el desplazamiento de algunas funciones tradicionales del estado. Pero además porque encubre una trampa. Propone una comparación entre lo que simplemente no es susceptible de ser comparado: las dimensiones real y normativa de la nacionalidad. Efectivamente, contrasta un ideal absolutizado -el estado nacional todopoderoso- y un hecho real -los estados nacionales tal como los conocemos. En este ejercicio estos últimos siempre salen perdiendo. De allí, la generalización que plantea.

El proceso expansivo del capitalismo no ha respondido a alguna lógica transnacional, sino que ha estado regido por estados nacionales fuertes, estados con niveles de autonomía y de capacidad altos³⁶, y ha contribuido además a su fortalecimiento. Esto se aplica completamente en todos los casos. La simple enumeración resulta muy ilustrativa para estos efectos. Estados Unidos, los países de Asia Oriental y los países europeos, y entre éstos Francia y Alemania, lideran hoy este proceso. Para la Unión Europea, es preciso reconocer además que aunque los estados miembros han renunciado a formas de autonomía, en términos absolutos todos se han fortalecido, tanto individual como

30 Elise Marienstras, *Nous le Peuple, les origines du nationalisme américain*, Paris, Gallimard, 1988.

31 Estas identidades supranacionales están siendo objeto de amplio debate, pero lo cierto es que no ha sido posible verificar su existencia para el caso europeo, considerado como la experiencia más acabada de integración regional.

32 David Miller, 1997, op. cit., págs. 191 y sgtes.

33 En el momento en que estoy terminando este artículo estamos asistiendo a una movilización masiva de franceses contra el Partido Nacional de Le Pen. De manera muy significativa, los cerca de millón y medio de manifestantes marchan llevando la bandera de Francia y cantando la Marsellesa.

34 Michael Mann, "El futuro del estado-nación" en *Análisis Político*, No 38, sept/dic. 1999, Bogotá, IEPRI.

35 Leo Panitch, "Rethinking the role of the State" en James H. Mittelman, *Globalization, Critical Reflexions*, Boulder, Lynne Rienner, 1996; Andrew Hurrell y Ngaire Woods, 1995, op. cit.

36 Karen Barkey y Sunita Parikh, "Comparative Perspectives on the State" en *Annual Review of Sociology*, No 17, págs. 523 – 549. En este trabajo las autoras proponen como variables de medición del poder de los estados, su autonomía y su capacidad, asociadas a su aptitud para realizar sus propios intereses.

colectivamente. Otro es evidentemente el orden de cosas cuando se trata de estados nacionales precarios. Todo ello permite pensar en la existencia de una relación dialéctica entre globalización y fortaleza estatal.

En conclusión, aunque nacionalismos y estados-nacionales no tienen un carácter irreductible, los estados nacionales han desempeñado una función decisiva en la configuración del proceso global y, a pesar de los cambios que se vienen operando en ellos, continúan realizando, totalmente en todos los casos, funciones claves. Además, las naciones se encuentran potencialmente en capacidad de contribuir de manera muy importante a la consolidación de la democracia y a la conquista de mayor justicia social. En ese sentido es necesario reconocer que la tarea de reinventar y fortalecer las identidades nacionales conserva plena vigencia.

En Colombia, a pesar de que el conflicto armado no tiene un componente étnico importante, su desenvolvimiento plantea interrogantes fuertes en torno a la nacionalidad. En verdad, no solamente no parecen claros los fundamentos de una cultura pública que nos permita reconocernos como una comunidad de identidad, sino que la existencia misma de la comunidad política está siendo seriamente cuestionada. La dificultad del estado para asegurar mecanismos de redistribución y para poner en marcha estrategias eficaces de solidaridad en el contexto de un proceso de pauperización generalizado y de una crisis humanitaria de proporciones alarmantes, así como la debilidad de la sociedad civil para palear estas insuficiencias, refuerza estas tendencias que erosionan la nacionalidad.

Por otra parte, la globalización de la economía por la vía del narcotráfico no puede ser vista únicamente como causa de la degradación de la guerra, sino también como consecuencia de la precariedad de la nación, de su debilidad para reafirmarse, para garantizar la integración social y para asegurar una inserción exitosa en la globalidad. En este contexto, no parece presumible alcanzar una solución al conflicto, cualquiera que ella sea, sustrayéndose a la consideración de la cuestión nacional.

Bibliografía

- Anderson, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso, 1984.
- Barkey, Karen y Parikh, Sunita, "Comparative Perspectives on the State" en *Annual Review of Sociology*, No 17.
- Beck, Ulrich, *¿Qué es la Globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona, Paidós, 1998.
- Castañeda, Jorge, "El círculo mexicano de la miseria" en *Política Exterior*, Vol. X, No 54, Madrid, noviembre/diciembre 1996.
- Crowley, John, "Etnicidad, nación y contrato social" en Delannoi, Gil y Taguieff, Pierre-André (eds.), *Teorías del Nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Fitoussi, Jean Paul, "La globalización y las desigualdades" en *Sistema*, No 150, mayo 1999.
- Gellner, Ernest, "El nacionalismo y las dos formas de la cohesión en las sociedades complejas" en Delannoi, Gil y Taguieff, Pierre-André (eds.), *Teorías del Nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Hastings Adrian, *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*, London, Cambridge, 1999.
- Hobsbawn, Eric, *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, Madrid, Crítica, 1991.
- Hurrell, Andrew y Woods, Ngaire "Globalización and Inequality" en *Millennium*, Vol. 24, No 3, 1995.
- Hutchinson, John y Smith, Anthony, *Nationalism*, Oxford, Oxford University Press, 1994.
- Laidi, Zaki, *Un Mundo sin sentido*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Lechner, Norbert, *Los Patios interiores de la democracia, subjetividad y política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Lechner, Norbert *La Conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Centro de investigaciones Sociológicas/Siglo XXI, 1986.
- Mann, Michael, "El futuro del estado-nación" en *Análisis Político*, No 38, septiembre/diciembre 1999, Bogotá, IEPRI.
- Mariénstras, Elise, *Nous le Peuple, les origines du nationalisme américain*, Paris, Gallimard, 1988.
- Miller, David, *Sobre la Nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Ortiz, Renato, *Los Artífices de la cultura mundializada*, Bogotá, Fundación Social, 1998.
- Panitch, Leo, "Rethinking the role of the State" en Mittelman, James H., *Globalization, Critical Reflexions*, Boulder, Lynne Rienner, 1996.
- Peemans, Jean Philippe, "Globalización y desarrollo: algunas perspectivas, reflexiones y preguntas" en varios autores, *El Nuevo orden global. Dimensiones y perspectivas*, Bogotá, Universidad Nacional – Universidad Católica de Lovaina, 1996.
- Renan, Ernest, "¿Qué es una Nación?" en Hutchinson, John y Smith, Anthony, *Nationalism*, Oxford, Oxford University Press, 1994.
- Schnapper, Dominique, *La Communauté des citoyens. Sur l'idée moderne de nation*, Paris, Gallimard, 1994.
- Smith, Anthony, *La Identidad nacional*, Madrid, Trama, 1997.
- Wiewiorka, Michel, *La Démocratie a l'épreuve. Nationalisme, populisme et ethnicité*, Paris, La Découverte, 1993.